



NUEVA RELACION, EN QUE SE DA CUENTA
de los notables arrojos y valientes arrestos que hizo Doña Josefa Ramirez, natural de la ciudad de Valencia, y felicidad con que salió de todos ellos. Con todo lo demás que verá el curioso.

PRIMERA PARTE.

A la que es Madre del Verbo,
 María Señora nuestra,
 le pido humilde y postrado
 me dé gracia, con que pueda
 referirle á mí auditorio
 la mas infausta tragedia,
 y el afortunado caso
 que sucedió á una doncella:
 atencion que ya comienzo.
 En la ciudad de Valencia
 nació de muy nobles padres
 la hermosa Doña Josefa:
 con muy buenos documentos
 crióse aquesta Minerva,
 que Palas la tuvo envidia,

por lo sabia y lo discreta;
 Véaus se quedó afrentada
 solo al mirar su belleza.
 Apenas cumplió esta niña
 diez y ocho primaveras
 muchos Señores la rondan
 sus celosías y puertas;
 y entre tantos pretendientes
 la adoraba muy de veras
 un principal caballero
 Don Pedro de Valenzuela.
 Este le escribió un villete
 con muy rendidas ofertas
 de su amor dándole partes;
 y la dama muy discreta



con otro le corresponde
á su pretension atenta,
diciendo: señor Don Pedro
yo estimo vuestras finezas;
ya sabéis como en mi casa
soy la única heredera,
y hallo imposible, señor,
de que mis padres consientan
que yo con usted me case:
mas esta noche en la reja
de mi jardin os aguardo
á eso de las once y media.
Dios os guarde, caballero:
Quien mas te estima y venera
Doña Josefa Ramirez,
una humilde esclava vuestra.
Con esto cerró el villete,
y á un page con diligencia
le mandó que lo llevase;
el cual fue con gran presteza,
y á Don Pedro se lo dió
en propia mano, y lo besa.
Rompió la nema, y leyó
lo que ya espresado queda,
deseando que la noche
tendiese el manto de estrellas.
Llegó la citada hora
y pronto se halló en la reja:
hizo una seña, y salió
tan bizarra como honesta
la dama, y se saludaron,
y por último conciertan
que una noche la sacase.
Cuando en estas diferencias
le acometen dos traidores
á Don Pedro con violencia:
dos estocadas le dieron
por la espalda, mas tan recias,
que las heridas crueles
hasta el pecho le penetran.

Y como un leon herido
sacó la espada, y con ella
á los dos acometió;
pero poco le aprovecha,
que se escaparon huyendo,
y el triste jóven dió en tierra,
diciendo: difunto soy,
perdóname amada prenda.
Esta voz que oyó la dama,
cayó amortecida en tierra;
y volviendo del letargo
decia de esta manera:
qué es esto que me suce le?
cielos, qué desgracia es esta?
qué he de hacer, ay de mí triste!
ó fortuna tan adversa!
á dónde hallaré yo alivio
en tanto tropel de penas?
Ya no tendré yo sosiego
hasta que de cierto sepa
quién fueron los alevosos
que con tan grande inclemencia
á Don Pedro dieron muerte.
Toda en lágrimas deshecha
jura que se ha de vengar
á pesar de las estrellas.
Se retiró á su aposento
como una leona fiera,
se despoja de su ropa
tomando capa y montera,
un rico colete de ante,
calzon y media de seda,
una charpa de pistolas,
tambien su espada y rodela,
y un trabuco que pendiente
de su cintura lo lleva.
Luego partió á un contador,
y sacó de una gaveta
hasta doscientos doblones,
y se ausentó de Valencia.

Entre unos montes se oculta,
y de noche dando vuelta
iba á las casas de juego
donde todo se conversa.
Jugando estaba una noche,
y otros señores con ella,
sin saber con quién hablaban
del caso le dieron cuenta.
Dicen: ¿con qué Don Leonardo
y Don Gaspar de Contreras
salieron con gran sigilo
de la ciudad de Valencia?
Doña Josefa responde:
¿pues qué ocasion les molesta
á esos nobles caballeros
para salir de su tierra?
Quizás irán á algun pleito
de alguna de sus haciendas,
que quien tiene mayorazgos,
nunca le faltan quimeras.
No es m. l pleito el que les siguen
(dieron ellos por respuesta)
pues son los que dieron muerte
á Don Pedro Valenzuela.
Disimulando su enojo,
respondió con gran reserva:
mucha fuerza se me hace,
mas no es posible que crea
que esos nobles caballeros
hiciesen accion como esa;
y eso no se puede hablar
si no es por cosa muy cierta.
Sabed que es mucha verdad
lo que os digo, y si no fuera
nada me importa el decirlo.
Y á dónde el viage llevan?
Y ellos mismos le informaron
que iban hácia Cartagena.
Salió del juego, diciendo:
buena suerte ha estado esta;

ya tendrá mi pena alivio
si se me logra la idea.
Y montando en un caballo
que al céfiro puso rienda,
á Cartagena marchaba
con muy pronta diligencia.
Llegó por fin una tarde
á eso de las dos y media,
y en un meson se acogió,
y dijo á la mesonera:
cuídeme de ese caballo
que yo presto doy la vuelta;
y sin desarmarse fue
á la playa por si encuentra
á alguno de sus paisanos,
que el verlos tanto desea.
No los pudo descubrir,
y hácia el meson dió la vuelta;
y á la patrona le dijo
le previniese la cena,
y que le hiciese la cama
en una cuadra que tenga
las ventanas á la calle,
sin darle á entender su idea.
Apenas anoheció
pronta se puso á la reja
de la ventana escuchando
cuanto en la calle conversan.
Oyó decir á unos hombres
aquestas palabras mesmas:
para mañana en la noche
tengo una funcion muy regia
en casa Don Juan Mancilla,
porque en su casa se hospedan
dos famosos caballeros
naturales de Valencia,
y quiere regocijarlos:
se ha de hacer una comedia,
con algunos entremeses;
mas no quiere que se sepa,

porque en Valencia mataron
á un hombre de muchas prendas.
Tente hombre, no prosigas,
reporta tu fácil lengua,
que no sabes quien te escucha.
¡O cuánto mas nos valiera
muchas veces el callar,
que el que no habla no yerra!
Bien satisfecha del caso
se quedó Doña Josefa;
y apenas amaneció
hizo vivas diligencias
por descubrirlos, y al fin
en la playa los encuentra.
Cuando los tuvo presentes,
les dice de esta manera:
me conocéis, caballeros?
sabed soy Doña Josefa,
aquella á quien agraviasteis
en la ciudad de Valencia;
vengo á tomar la venganza
por Don Pedro Valenzuela,
que habiendo muerto mi amante
poco importa que yo muera.
Sacan los tres las espadas,
á la batalla se aprestan,
y á dos idas y venidas
le alcanzó Doña Josefa
al valiente Don Leonardo
una estocada tan recia
que lo pasó por el pecho,
dando con su cuerpo en tierra.
Esto que vió Don Gaspar,
cerró con Doña Josefa;
mas poco le aprovechó,
porque ella con gran destreza
le quitó de la cintura
una almarada, y con ella
lo pasó por el costado,
y ambos difuntos los deja.

Se alborotó la ciudad,
y acudió con gran presteza
el señor Gobernador,
para llevársela presa.
Mas ella con arrogancia,
dijo: sepa Vuecelencia,
que mi espada á nadie teme
aunque un egército venga,
dijo: y echando con ellos,
á uno emprende y otro deja:
tres ministros le mató,
y en medio de esta refriega
se le ha quebrado la espada,
y echó mano con presteza
al trabuco que tenia,
y á barrer la calle empieza.
Tan buena traza se daba
á disparar, que se lleva
dos ó tres de cada tiro,
y la calle le franquean,
con que llegó á refugiarse
dentro mismo de la iglesia
del Seráfico Francisco,
en donde á curarse queda
dos balazos, pues llevaba
muy mal herida una pierna.
Buena ya de su accidente
pidió á los Padres licencia
para salir del Convento,
suplicando le trajeran
el caballo que tenia
en un meson de allí cerca.
Sin ser de nadie sentido
se salió de Cartagena.
Y ahora Pedro de Fuentes
á aquesta plana primera
da fin, y en otra segunda
dará noticias enteras
en lo que vino á parar
la hermosa Doña Josefa.

SEGUNDA PARTE,

en la cual se refiere su cautiverio; y los varios sucesos hasta el fin de su vida.

Ya dije como salió amparada del silencio de Cartagena una noche llena de mil pensamientos Doña Josefa Ramirez, y marchando para el reino de Cataluña, una tarde al encuentro le salieron siete vandidos, mas ella ios reconoció al momento. Del caballo se desmonta de aquesta suerte diciendo: apartarse del camiao, presto quitarse de enmedio, ó le quitaré la vida al que fuere desatento. Esto dijo, y disparando se llevó los tres primeros de un trabucazo, y los otros en defensa se pusieron. De los siete mató cinco, y los otros dos huyendo, ella arrogante los sigue, y de merced le pidieron la vida; mas ella dijo: quitar estorvos de enmedio; y al soplo de una pistola ambos se los dejó muertos. Llegó en fin á Barcelona, y determinóse luego embarcarse para Roma sin reparar en los riesgos. Navegaron siete dias con alegría y contento, y amaneciendo el octavo

descubrieron á lo lejos cuatro galeras de turcos: los cristianos que esto vieron alistan todas sus armas, los turcos hacen lo mesmo; mas fue contraria la suerte de los cristianos, que el viento el humo los revocaba, y defender no pudieron la nave, que cuando acuerdan se quedaron prisioneros. Desembárcanlos en tierra, á pregon vendidos fueron, y compró á Doña Josefa, por un moderado precio, un renegado muy rico, muy atendido en su pueblo. Preguntóle á su cautivo por su nombre, y al momento respondió: Pedro me llamo, señor, al servicio vuestro. En qué oficio te ocupabas? El oficio que yo tengo es, señor, maestro de armas. En buen oficio por cierto te egercitabas, cristiano; mas darte otro pretendo. Tú no sabes escribir? Algo entiendo tambien de eso. Viendo su disposicion, le entregó todo el manejo de su casa, y al instante mandó le enseñen los negros la arábiga lengua, y ella la aprendió en muy breve tiempo,

Tan buenas cuentas le daba
á su amo, y tan contento
lo tenia, que no sabe
qué hacerse con su escudero.
En este tiempo la mora,
muger de su amo mesmo,
á Don Pedro regalaba
y hacia algunos cortejos.
Un dia que fue su amo
á caza con los monteros,
la llamó, y le dijo á solas:
cristiano, yo por tí muero,
yo no duermo ni descanso,
en mí no cabe sosiego,
y si merezco la dicha
de que premies mis afectos,
te prometo que serás
el dueño de aqueste pueblo.
Don Pedro la disuadió
de esta manera diciendo:
mirad que soy vuestro esclavo,
y que si no tengo yerros,
eso es merced que me hizo
mi amo por ser tan bueno;
y pues que de mí se fia,
hacerle ofensa no quiero.
Viendo la mora el desaire
que el cristiano le habia hecho,
jura por su gran Mahoma
que ha de vengar su desprecio.
Apenas entró su esposo,
le echó los brazos al cuello,
y con un llanto fingido,
le dijo; poned remedio
en vuestra casa, señor,
porque el Mayordomo vuestro
á mi aposento se arroja,
trajo en la mano este acero:
con el puñal me amenaza
queriendo lograr su intento;

mas yo como una leona
me levanté de mi lecho,
se lo quité de la mano,
el cual veisle aquí le tengo.
Salió afuera el renegado
enfurecido y soberbio,
y á sus criados les manda
que pusieran á Don Pedro
en una obscura mazmorra
y lo cargasen de hierro,
y que no le diesen agua,
tampoco el mantenimiento,
para que allí se muriese
pagando su atrevimiento.
Un moro piadoso habia,
que compadecido al verlo,
á escondidas de su amo
le llevaba el alimento.
Al cabo de cinco dias,
por ver si se habia muerto,
dió la vuelta el renegado,
y viendo vivo á Don Pedro,
con furia cogió un cordel
para azotarlo soberbio;
y al tiempo de descargarle,
le dijo: señor, teneos,
advertid que es testimonio
por lo que estoy padeciendo.
Yo soy muger, no soy hombre,
y para prueba de aquesto
pudo muy bien convencerlo
manifestándole un pecho.
De la prision la sacaba,
y con albagos muy tiernos
le dijo, cristiana amiga,
dame parte del suceso.
Yo, señor, os lo diré
sin faltar un punto en ello.
Mi ama me regalaba
y hacia algunos extremos:

de su mano recibí
dos joyas de mucho precio,
la una la traigo puesta,
la otra está en mi aposento.
Apenas fuistes al campo
cuando declaró su intento;
yo, señor, la disuadía
dándola buenos consejos,
mas no pude convencerla.
Viendo no había remedio,
le volví, señor, la espalda,
y me vine á mi aposento;
y por aquesta ocasion
hizo, señor, juramento
de tomar de mí venganza,
como ya vos lo estais viendo.
Dijo el renegado entonces:
pues por la ley que profeso
que he de egecutar con ella
el castigo mas acervo.
Mandó al punto el renegado
la prendan, y la metieron
en una obscura mazmorra
mientras se prendia el fuego.
Llena de aceite una tina
mandó pusiesen al fuego,
y así que estuvo caliente,
á Abecelí la trajeron,
y amarrada á una columna
le rociaron todo el cuerpo.
Mandó apartasen la tina,
y arrojándola en el fuego,
allí pereció la mora
pagando su atrevimiento.
Al cabo de pocos dias
llamó el renegado atento
á Doña Josefa, y dice,
entrándola en su aposento:
Ya sabéis Doña Josefa
la voluntad que yo os tengo,

y solo de vos me fio
para descubrir mi pecho.
Pretendo pasar á Roma
á ser de mi culpa absuelto,
y despues el recogerme
en un sagrado Convento.
Tú te pasarás á España,
que ya previstos tengo
dos mil doblones, los cuales
entre los dos partiremos.
Mira que vas á Alicante,
pues se halla en este pueblo
un tratante mercader
á quien pagado le tengo
tu viage, y así irás
segura de todo riesgo.
Le entregó los mil doblones,
y muchas joyas de precio,
todo junto con su ropa
lo metió en un arca, y luego
mandó que la condujesen
al barco, y así lo hicieron.
Embarcóse el renegado
con alegría y contento
con Doña Josefa, y ambos
á Alicante se vinieron.
Tiernamente se despiden:
y él con sus grandes deseos
para Roma se embarcó,
y siendo feliz el viento
en breve tiempo llegaron
á Roma, con rendimiento
pasó á ver su Santidad,
parte le dió del suceso,
y confesando sus culpas
con grande arrepentimiento,
á un Convento se recoge,
donde llorando sus yerros
hizo grandes penitencias,
y pasó á gozar del cielo.



Vamos á Doña Josefa,
que con ánimo resuelto
en Alicante compró
un caballo que á los vientos
imitaba en su carrera
por lo velez y ligero.
Pasó á Valencia, y en ella
entró con mucho secreto:
se ha informado de sus padres,
y sabiendo estaban buenos,
de noche se determina
el ir disfrazada á verlos.
A eso de las oraciones
ensilló el caballo, y luego
montó en él, y fue á su casa
para cumplir su deseo.
Llegó á la puerta, y tocando,
á abrirle llegó un buen viejo;
y ella cortés le pregunta,
destocándose el sombrero:
¿vive aquí el señor Don Juan
Ramirez y Marmolejo?
Sí señor, le respondió;
y entonces entró allá dentro:
Dé usted recado á su amo
que le busca un caballero,
que le quiere hablar de espacio.
El buen viejo fue allá dentro,
á su señor dió el recado,
y fuera salió diciendo:
qué se ofrece, buen amigo?
Y ella respondió al momento:
solo el serviros, señor;
entremos hácia allá dentro,
que quiero que la familia
participe del secreto.
Hácia allá dentro se entraron
despues de los cumplimientos;
se sentaron lado á lado,

y dijo: tened por cierto
que vuestra hija, señor,
hoy se halla en este pueblo:
tres años y medio ha estado
metida en un cautiverio,
sirviendo, no como esclava,
porque era absoluta dueña
de la casa de su amo;
y al cabo de aqueste tiempo
le ha dado la libertad
y gran porcion de dinero.
Don Juan que atento escuchaba
las razones del mancebo,
al oirle se enternece,
y lloraba sin consuelo.
Ay hija de mis entrañas!
ó si permitiera el cielo
que yo la viese en mi casa,
cesarian mis desvelos.
La madre por otro lado
hacíase al sentimiento;
ella entonces se levanta,
y arrodillada en el suelo,
dijo: cese vuestro llanto,
que á vuestra hija estais viendo;
y ahora, padre y señor,
perdonad mi grave yerro;
y lo que pretendo es
meterme en un Monasterio.
Lo pusieron por la obra,
y se ha entrado en un convento
de religiosas Franciscas,
donde vivió dando egemplo.
Aprended, mozas doncellas,
y mirad los muchos riesgos
en que se vió aquesta dama
por defender á su dueño.
Y Pedro de Fuentes pide
el perdon de sus defectos.

F I N.